GAXIOLA

REVISTA HISTORICA DE SINALOA

F1341
G39

1080013240

EL GENERAL ANTONIO ROSALES

REVISTA HISTORICA

DEL

ESTADO DE SINALOA

DE

1856 á 1865

OBRA ESCRITA

POR

F. JAVIER GAXIOLA

SOCIO DE NUMERO DEL LICEO ALTAMIRANO Y PRIMER SECRETARIO
DE LA PRENSA ASOCIADA DE MEXICO.

MEXICO

Imprenta de Castillo Negrete, 1ª de Mina 11

1894

F1341
G39

FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS
156486

DEDICATORIA

F. Javier Gaxiola.—México.—Con gusto presento á Vd. mi humilde obra «El general Antonio Rosales.—Revista Histórica del Estado de Sinaloa de 1856 á 1865,» que he escrito últimamente y que tengo el honor de poner bajo los auspicios de Vd., como jefe que es de la administración pública del propio Estado.

Siéndome conocidos sus principios liberales, el impulso que ha dado al movimiento intelectual de esa entidad federal y su entusiasta admiración por el héroe de San Pedro, no he vacilado en dedicar á Vd. este ensayo histórico, que espero aceptará, toda vez que él tiene por objeto exclusivo, popularizar en la República los heroicos esfuerzos que en pro de la libertad, de la Reforma y de la Independencia han realizado en épocas de prueba los hijos de Sinaloa.

Sírvase Vd., ciudadano gobernador, aceptar esta dedicatoria y con ella las protestas de mi distinguida consideración.—México, junio 2 de 1893. —*F. J. Gaxiola.*—Rúbrica.—Al ciudadano general Francisco Cañedo, gobernador constitucional del Estado de Sinaloa.—Mazatlán.

PROLOGO

La vibrante pluma de mi amigo el joven diputado Javier Gaxiola, presta hoy un valioso contingente á nuestra historia nacional con la aparición de esta obra, que, publicada en tiempos de una desesperante esterilidad, prueba que los altos hechos y que las proezas patrióticas hallan aún en el alma de la juventud el perfume que los inciense. Ya va muriendo la generación aquilina que conmovió hondamente á la mitad de este siglo los fundamentos de nuestra sociedad, y antes de que su extinción sea eterna, la patria tiene un solemne derecho: el derecho de exigir á esos sus buenos hijos de esa insigne generación, que le den cuenta á la posteridad, de sus luchas, de sus sacrificios, de sus trabajos, de sus triunfos, de los laureles que orlaron sus sienes victoriosas y de las zarzas que hirieron sus plantas destrozadas. Nuestra historia aguarda esos relatos de los caudillos, esas autobiografías sinceras de los mártires, esas confiden-

cias solemnes de los semidioses ante los pueblos que han vivificado con su espíritu, esa palabra augusta del luchador que tras del triunfo ó tras de la derrota, en el hogar caliente ó en el frío destierro, sacude su memoria, redivive su espíritu, abre de par en par las puertas de su corazón, y suelta el raudal de sus recuerdos sobre el oído reverente de la familia ó de la muchedumbre. Pero si no llegan esas relaciones venerables, la juventud, antes que desaparezcan los supervivientes de nuestras luchas titánicas, debe ir á ellos, y arrebatarles sus secretos para formar nuestra historia, nuestra historia que está en *block* todavía, si se me vale la frase. Hecatombes y glorias, sufrimientos y triunfos, excelsitudes y desgracias, perfidias y heroísmos, todo vive en la memoria popular; pero vive sin que consten escritos sus detalles siniestros, ó sus matices fulgentes: carecemos de la historia anecdótica y de la historia local, de ese inmenso repertorio en que se guardan eternamente frases, abnegaciones, sacrificios, episodios de gloria, páginas de luto, relatos de familia, tradiciones de pueblos, historias íntimas de la vida nacional, que se transmiten de gente en gente y que se perpetúan con la vida del recuerdo, pero que no traspasan muchas veces las estrechas fronteras de un villorio. Si todo ese caudal se recogiese y se encerrase en monografías locales, si cada pueblo, si cada Distrito, si cada Estado, evocasen todas las epopeyas que han visto sus montañas, todos los cantos de independencia que han vibrado en sus bosques, todas las frases de libertad y los salmos de gloria que han saludado á sus patíbulos, y toda la sangre y todo el llanto que han hecho salir de cauce á sus corrientes, nuestra historia sería, y los rayos de gloria que hoy forman la inmensa diadema de la patria, centuplicaríanse á nuestra vista, de la misma manera que se centuplicarían á nuestros ojos, los túmulos que tenemos que ornar con nuestras palmas, y los nombres que tenemos que bendecir con nuestros himnos.

Por esto es tan laudable el esfuerzo del joven y fogoso escritor Javier Gaxiola, que hoy presta á toda una entidad federativa, el inmenso servicio de presentarla ante la patria y de decirle á la República cómo virtieron en Sinaloa sus ideas los pensadores y su sangre los héroes, en los aciagos tiempos de la Reforma y de la Intervención. Por esto Sinaloa, con el libro patriótico y erudito de uno de sus mejores hijos, ya tiene cubierto su cuartel en el escudo solariego de esta santa mansión de la patria, y repartida su heredad de gloria en el terruño mexicano. Pronto otro Estado—Michoacán—alcanzará igual honor, merced á los esfuerzos del simpático y patriota liberal Eduardo Ruiz, que está recogiendo, para presentarlos á la patria en un solo haz, todos los lauros obtenidos en esa heroica tierra, por los Régules, los Riva Palacios, los Villadas, Arteaga,

Salazar y Jesús Díaz. Y de esta suerte, no pasarán muchos años sin que los gritos de venganza y de justicia que oyeron nuestras fronteras del Norte, repercutan al través de la historia, en las fronteras del Sur; no correrá largo tiempo sin que broten á la vida del libro, los gladiadores oscuros, los mártires que yacen olvidados, los patriotas sinceros que en el repliegue de una montaña ó bajo la cruz de un campanario, lucharon sin la esperanza siquiera de que sus nombres se supiesen. Brotarán, no lo dudamos, al conjuro de los escritores, como Gaxiola, laboriosos y patriotas: México aumentará entonces el inventario de sus glorias, y estos trabajos que hoy cultivan pocos, constituirán la verdadera historia del país. Sí, por fortuna se van amortiguando ya todos los odios de bandería que se hallaban imbuídos en nuestro organismo nacional: una corriente sana, un móvil noble, impulsa hoy á la juventud pensadora, que apartada casi por completo de las exaltaciones demagógicas, somete los problemas históricos y sociológicos á un criterio científico. No estamos ya en tiempos de combate, y ahora ni nosotros ni nadie, querría atizar las hogueras de la Inquisición ni tampoco afilar la cuchilla del 93: la verdad se abre paso, el fanatismo religioso y el jacobinismo político han enfriado sus cráteres, y un nuevo grupo, inteligente y sereno, pugna por llevar á todas las especulaciones de la mente y á todas las etapas de la sociedad, el cri-

terio de la ciencia y de la justicia. Cuando se haya uniformado este criterio, surgirá más radiosa la década de la Reforma y de la Intervención, porque entonces el juez reemplazará al sectario, la olímpica altivez de la verdad á la nerviosidad de la ira venenosa.

¡Cuán vivamente anhelamos al escribir este prólogo que luzcan esos tiempos de imparcialidad, y que impulsados por generosos móviles, haya muchos que eternicen, como Gaxiola, el valor inconsciente pero milagroso de las masas, y la fe de los mártires y la convicción de los caudillos! Harán, como el autor de este libro, una buena obra, y si tienen talento, como él lo tiene, harán, al mismo tiempo, una obra buena.

ANTONIO DE LA PEÑA REYES.

AL LECTOR

El libro que hoy damos á luz es el producto de asidua labor y de largos días de trabajo, pasados frente á documentos empolvados y viejas colecciones de periódicos. Es en verdad una empresa ímproba dedicarse á historiar períodos como el que abraza esta obra, pues se tropieza con falta de datos en lo que se refiere á la época inmortal de la Reforma y con extraviado y apasionado criterio de los publicistas que se han dedicado á escribir sobre la intervención francesa en Sinaloa. Y mayores dificultades ha encontrado el autor, al querer relacionar la vida del General Rosales con los troyanos episodios que se desarrollaron desde la proclamación del Plan de Ayutla hasta la retirada de las fuerzas napoleónicas de Mazatlán. Pero en parte hemos logrado vencer tanta dificultad, y hoy presentamos á nuestros lectores de Sinaloa, el resultado de nuestros trabajos, confiados en su benevolencia y en la

bondadosa acogida que han dado á nuestros trabajos anteriores de esta misma índole.

Por lo demás, tenemos que hacer algunas explicaciones para que se nos excusen nuestros errores y los errores ajenos. Escrito este libro en momentos robados á urgentísimas atenciones; habiendo pasado los originales, sin previa corrección, de manos del autor á las de los cajistas; contando con malos elementos tipográficos, y no habiendo podido corregir muchas pruebas, por motivo de nuestras enfermedades y de nuestro último viaje á Sinaloa, natural es que la obra adolezca de muchos defectos y que abunden de tal manera los errores de caja, que no nos atrevamos á dar una fe de erratas por temor de que ella contenga innumerables páginas. Confiamos pues, en el buen sentido del lector, para que supla los disparates, que son de la exclusiva responsabilidad de los cajistas.

Además, algo se ha alterado el orden de nuestra obra, en virtud de que impresas ya algunas páginas, hemos encontrado nuevos é interesantes datos que debíamos aprovechar y publicar aunque no estuvieran en el lugar que lógica y cronológicamente les corresponde. Así, el lector verá en el capítulo final, la fe de bautismo de Rosales que debía figurar en la introducción de la obra, y observará otras alteraciones de menos importancia, en que hemos incurrido por las razones expuestas más arriba.

Dejamos el *Apéndice* para publicarlo en un volumen, porque consta de tantas páginas como este libro, juzgamos indispensable por varios motivos, hacer de él un tomo especial, que no vacilamos en anunciar que será interesante, toda vez que contiene documentos preciosos, muchos de ellos inéditos y que arrojan mucha luz sobre los asuntos históricos de que hablamos en las páginas que siguen.

Lo que se relaciona con la parte literaria de nuestro trabajo, confesamos que está lejos de satisfacer las aspiraciones del escritor menos preocupado. Nuestras obscuras aptitudes para el cultivo de las letras, la época excepcional de nuestra vida en que este libro fué escrito y la eficaz colaboración que en él tomaron los cajistas, son motivos bastantes para que el lector excuse cuanto con su forma se relaciona, ya que esta obra y las otras de igual carácter que hemos publicado, no son sino ediciones preparatorias de la Historia general de Sinaloa, que debemos dar á la prensa en época no lejana, y para entonces nos proponemos subsanar todos los dislates gramaticales que pueda el lector descubrir en los capítulos siguientes.

No será difícil que este libro sea calificado de *jacobino* por la escuela científica; pero para aplaudir los actos de la vida del General Rosales, encarnación de los sentimientos radicalmente liberales del pueblo sinaloense, es preciso sujetarse